



TARRAGONA.—Vista panorámica desde el Mediterráneo.

CIUDADES MONUMENTALES

TARRAGONA, LA MILENARIA Y RENACIENTE

Si todavía no hace mucho podía darse el caso de que un escritor viajero, tras haber pasado unos días en Tarragona maravillándose de la esplendidez de su situación y paisaje, de la importancia de su patrimonio arqueológico y estético y de su ambiente purísimo, evocador de los prístinos matices latinos e hispánicos proclamara el contrasentido de que la población con tan insuperado rango en esos órdenes no constituyera núcleo cardinal de sugerencias turísticas y literarias, hoy, transeurridos contados lustros, cabe advertir lo mucho que las cosas han cambiado en tal sentido. Afortunadamente, al igual que con algunas otras ciudades monumentales acontece, ofrécese bien patente que merced tanto a una acertada política estatal y municipal exaltadora de auténticos valores, cuanto a la comprensión de las masas, este histórico burgo atrae hacia sí la atención merecida, siendo de día en día más conocido y admirado.

La fundación de Tarragona data de fecha remotísima, pues ya en la época griega fué citada por los geógrafos como ciudad muy antigua. Según ha escrito don Andrés Herrera, huelga buscar fuera de ella testimonios ni documentos probatorios de su antigüedad, ya que "un corte vertical en la colina tarraconense basta para poner de manifiesto las huellas de sus primitivos moradores junto a la dura roca en que dejaron grabados los secretos de su vida troglodita, y las famosas mura-

llas ciclópeas, que encerraban la ciudad, están proclamando que el origen de Tarragona se pierde en las nebulosidades de los tiempos prehistóricos". Se ha dicho que fué la *Callipolis* mediterránea, de seis siglos antes de Jesucristo, habitada por los iberos, expulsados de allí dos siglos después por los cosetanos, quienes la denominaron *Cose*. Posteriormente llegaron los etruscos y los griegos, hasta que, en el año 218 antes de Jesucristo, fué ocupada por los romanos, que le dieron el nombre de *Tarraco*. Fué el gran pueblo del Lacio quien, tras la segunda guerra púnica, fomentó su importancia, levantando sobre las primitivas murallas megalíticas, vulgarmente llamadas ciclópeas, una tercera línea de bloques, destinando el recinto murado para vivienda de patricios, jefes militares y demás personas que ejercían cargos civiles o religiosos de importancia. Quedó así la ciudad dividida en parte alta o acrópolis fortificada, donde se erigieron, entre otros suntuosos edificios, el Arce o Capitolio, el templo de Júpiter, el Pretorio, el Foro y el Coso, y parte baja, habitada preferentemente por los plebeyos, en la que fueron edificados el Anfiteatro, el Gimnasio, las Termas, el Teatro, los templos consagrados a varias divinidades, el Puerto y el Acueducto.

Cabeza de las posesiones romanas en la Península, base de los conquistadores y capital de la España Citerior, Tarragona adquirió tal importancia que osten-